

LAS NUEVAS MASCULINIDADES EN LOS CONSUMOS CULTURALES ACTUALES. AVANCES Y RETROCESOS

Resultado de investigación finalizada

GT 11 Género, desigualdades y ciudadanía

Dr. Héctor Serrano Barquín
Dra. Martha Patricia Zarza Delgado
Dra. Carolina Serrano Barquín

Resumen

Esta ponencia pretende evidenciar que en los consumos culturales juveniles en el contexto mexicano de hoy día, se identifican valores discutibles o tradicionales y valores antagónicos o emergentes sobre la masculinidad que se perciben tanto en la música, como en las revistas o historietas para varones en donde se encuentran relaciones de género contradictorias expresadas en estereotipos, roles, patrones de conducta, entre otras, y por el otro lado, la presencia de ciertos elementos positivos en la configuración de nuevas identidades masculinas. Es decir que se trata de un entramado complejo de las relaciones genéricas en donde parecen existir avances y retrocesos continuos que todavía no permiten evidenciar cambios definitivos en las masculinidades actuales.

Palabras clave: masculinidad emergente, violencia, consumo cultural

La permisividad de la violencia en los niños varones a partir de sus consumos culturales

Las conductas violentas incorregibles y su naturalización o aceptación generalizada en la sociedad mexicana no siempre se ven justificadas; algunos teóricos incluso las consideran falacias, en tanto suelen ser asumidas como comportamientos “naturales”, tal es el caso de muchos varones que violentan mujeres. En ese sentido, la postura del filósofo Adolfo Sánchez Vázquez contradice la creencia comúnmente aceptada de que “la violencia es fatal e inevitable”,¹ así como la idea tan extendida socialmente de que el hombre es violento por naturaleza. Tales supuestos se enmarcan en cualquier disertación sobre la violencia frecuentemente promovida en algunos aspectos formativos de los niños y las niñas, que son arraigados o “anclados” mediante estrictos roles sociales permitidos, que suelen ser excluyentes a la vez que promovidos vigorosamente para cada género desde el momento de nacer². Es innegable que en el imaginario social del mexicano existe implícita la diferencia y confrontación de las identidades de género, que proceden de una larga construcción cultural que establece los códigos mediante los cuales un niño reconoce y aprueba su identidad para rechazar la otra, dentro de un simple sistema binario masculinidad/feminidad. Este proceso sociocultural conduce a una clara confrontación ancestral: lo masculino se opone y rechaza lo femenino y viceversa. En este entendido, las construcciones culturales no admiten, al menos en la niñez, conceptos como la diversidad sexual, por lo

¹ Conferencia del Dr. Adolfo Sánchez Sánchez (2005) quien en su disertación clasificó a la violencia en: política, urbana, rural, familiar, de género y criminal.

² En contraparte, biologicistas como María Calvo (2011: 113), afirma que “los niños tienen necesidad de movimiento. Ellos siempre serán indisciplinados e inquietos ya que les impulsa la testosterona y su cerebro les dirige hacia una expresión espacial del estrés y tienden a desahogarse físicamente”, además de que ella sostiene que las personas nacen “con un cerebro sexualizado”.

que la configuración de la identidad solamente permite las dos posiciones de los géneros: femenino *vs.* masculino y con ello, la deliberada connotación de *versus*, contrario, opuesto al otro (a).

Estas predeterminaciones antagónicas encasillan a los niños y “etiquetan” sus conductas en dos posturas que permanentemente asignan rasgos, símbolos y códigos, a veces imperceptibles, para cada identidad, pero con una innecesaria confrontación: lo fuerte a lo débil, lo activo del varón contra la pasividad femenina, la audacia contra la sumisión. “Durante los años formativos los niños confrontan tales atributos hasta perpetuar el androcentrismo y, como uno de tantos efectos negativos, se valida socialmente la violencia de género, ya física o simbólica, como cualquiera de las formas en que se expresa el dominio del varón y la subsecuente e histórica sumisión de la mujer desde su primera infancia (Zarza, Serrano, Serrano, e Iduarte, 2010).

En México, durante la últimas dos décadas se observan crecientes y alarmantes estadísticas sobre violencia en contra de la mujer³; en parte ello debe ser ocasionado por la falta de conciencia de sus derechos o porque ha ocurrido dentro de la esfera de la vida privada dominada por el *pater familias*, donde este tipo de violencia se había mantenido básicamente en secrecía, pero es evidente que en cifras absolutas la violencia intrafamiliar, donde niñas y mujeres suelen ser las víctimas, se ha incrementado notablemente en los últimos años. De este modo, la confrontación entre los géneros será, para cada individuo, una permanente identificación y rechazo del género masculino en contra del femenino, donde los citados procesos binarios, que generalmente adolecen de un sentido de complementariedad o diversidad de género, expresan una actitud excluyente e intolerante hacia el otro, particularmente en países machistas, donde la violencia contra las mujeres parece continuar fuera de control.

En este tenor, es concluyente que en el futuro la mayoría de las niñas sólo desearán dedicarse a las tareas y roles semejantes a los que desarrolla su madre o alguna otra mujer emblemática en su vida y que se refuerzan en una multiplicidad de consumos culturales como son los juguetes tipificados como femeninos (inherentes a los roles sociales domésticos o históricos). De igual manera, los niños varones evitarán representar los roles femeninos automáticamente y tratarán de hacer actividades relacionadas con las de su padre, abuelos o tíos; a ello se sumarán signos de masculinidad como una gran actividad permanente que generalmente se desarrolla en ambientes exteriores, así como múltiples demostraciones de fuerza o agresividad, la velocidad, el arrojo, cierta actitud combativa, incluso algunos elementos de violencia que les permitirán distinguirse de las actitudes sumisas y tranquilas de las niñas, situaciones que aún hoy día se evidencian mediante una enorme variedad de códigos culturales y visuales que se aprecian en productos tan cotidianos y aparentemente inofensivos como son los juguetes infantiles, donde pocos son para ambos sexos simultáneamente, es decir “no excluyentes” desde la identidad sexual.

Es indudable que los niños varones, desde bebés, reciben un fuerte condicionamiento hacia la actividad intensa, la aventura, los juegos belicosos, la audacia y todo aquello que remite a la actividad en el espacio público o externo —respecto al hogar—, vistos como los escenarios adecuados para la demostración de fuerza, sentido competitivo, cuando no, de agresividad tolerada o expresada con la alta permisividad, principalmente de los padres. Esto, mientras las niñas han sido permanentemente encausadas hacia la representación de los roles sobre la maternidad y en general, hacia el conjunto de actividades domésticas o roles socialmente “aprobados por las buenas costumbres o conciencias”, es decir, dentro de los espacios privados de cada familia.

Así, el carácter masculino —en la adultez— que se presenta en su actuación en el espacio exterior o público puede ser reducido a *la calle*, que es el de la concreción de un típico espacio abierto: los niños permanentemente han jugado a las canicas, al aro, al trompo o al fútbol en las calles, plazas o jardines públicos, donde han lucido sus bicicletas, armas y patinetas. Cuando mayores, los varones también se

³ La presidenta de la Comisión de Equidad y Género del Senado mexicano, Blanca Judith Díaz declaró recientemente que “siete de cada diez mujeres en México han sido víctimas de violencia física, económica, patrimonial, sexual o psicológica”.

han apropiado de *la calle*: la modernidad “durante los siglos XIX y XX, remarcó en los espacios urbanos sus claves de género, masculinizando los usos de las calles y de los espacios públicos, dejando los interiores a las mujeres” (Gutiérrez, Melgar, y Morayta, 2003, p.34), pero en la afirmación anterior se podría puntualizar, que muchas mujeres aún siguen reclusas dentro de dichos espacios interiores, siempre y cuando no fuesen pobres, vendedoras ambulantes, o las sirvientas y cocineras que cotidianamente se abastecen de víveres, así como las prostitutas: mujeres de *la calle* reducidas a ser exhibidas a sí mismas dentro de estos espacios urbanos, a manera de escaparates. Ellas compartieron con los varones los “espacios externos masculinos”, especialmente antes de la existencia en México de los prostíbulos formales, incluso elegantes; todo ello durante el periodo finisecular del siglo XIX.

En los resultados de una investigación sobre los infantes lectores del siglo XIX, el especialista Lazarin (2004, p.239) afirma que la niña prototipo de la escasa población alfabetada en México sabía leer y escribir cartas en las que se le fomentaba el paradigma de ser “dócil y laboriosa” como medio para lograr su felicidad y donde las conductas independientes y rebeldes, por oposición, correspondían ineludiblemente a los niños varones. La misma fuente señala que además de las asignaturas que cursaban ambos sexos en la primaria, las niñas también debían tomar clases de “higiene en sus relaciones con la moral y (además) labores manuales”, así como otras subordinadas al conocimiento de la máquina de coser, es decir, las niñas cursaban adicionalmente y en forma obligatoria, el taller de costura y bordado. Aunque hoy en día este tipo de contenidos educativos han cambiado, el condicionamiento para que las niñas se capaciten como futuras amas de casa o esposas, todavía persiste dentro de la educación no formal y no se diga dentro de la religiosa, donde cada niña que repite el ritual de la 1ª. Comunión, en realidad confirma su ritual de futura esposa, mediante actitudes y vestimenta casi igual para cada ceremonia.

Durante cientos de generaciones, las niñas han recibido un tanto más el peso de la estructura jerárquica y monolítica que sus discípulos varones, dado el establecimiento de esas distinciones sobre la higiene personal y por el tipo de asepsia de la que en la adultez las haría responsables de todos los asuntos relativos a la sanidad al interior de cada hogar. El fomento a los estereotipos de género ha persistido entonces de manera relativamente oculta y parece continuar inalterable en la historia de la humanidad a modo de *ingenuas* consignas, juegos, adivinanzas e inocentes juguetes.

En el marco general de las prescripciones sociales del género, es importante resaltar que aun cuando la creación de la cultura no se reduce a la existencia de una lengua, ésta, sin duda, es parte importante de las producciones culturales. En este sentido, la existencia de “lenguajes”, códigos y modos comunicativos que no se reducen a la lengua hablada o escrita adquieren especial importancia. Estos códigos y modos que se remiten más a prácticas que a discursos sistemáticos y coherentemente organizados, cobran importancia en la familia y se pueden estudiar como productos contingentes de relaciones privadas (Bustos, 2001) (Salles, 1992). Por lo tanto, considerando que las fuentes principales de nuestra identidad de género son los preconceptos culturales, los discursos sociales y la experiencia personal, se entiende que desde la infancia, mediante el lenguaje y la materialidad de la cultura (los objetos, las imágenes, entre otros), se promueven imágenes del ser y del deber ser femenino y masculino que se presentan tanto en un nivel simbólico como en diversas acciones concretas y cotidianas.

Asimismo, la división de los roles sexuales se refuerza en los niños y niñas a través de diversos medios que la familia les proporciona, de tal manera que en gran medida, la inequidad de género se trasmite y fomenta desde la propia familia a través del ejemplo mismo de los roles que juegan el padre y la madre, pero también a través de diversas formas de entretenimiento e imágenes, entre muchos otros consumos culturales.

Por ejemplo, en lo que se refiere al diseño de juguetes, éstos son fruto de una cultura precisa y una demanda-consumo etario, en cuyo ámbito se pueden hacer opciones aparentemente amplias, pero en realidad bastante limitadas. En este sentido, la diferenciación con base en el sexo es muy evidente ya

que la mayor parte de los juguetes en el comercio están fuertemente diferenciados para varones o para mujeres con base en los diversos roles y expectativas sociales y familiares. Así pues, para los niños la muñeca está prohibida desde la más tierna edad porque mecer o arrullar no entra en el patrimonio gestual de las manifestaciones afectivas de los varones. En el lado opuesto, se insistirá para que las niñas continúen jugando con las muñecas, puesto que este juego se considera como un verdadero y justo adiestramiento para la futura función de madre. No se trata del simple aprendizaje de ciertas habilidades, sino de un verdadero condicionamiento perpetrado con el objetivo de volver automáticas o “naturales” estas obligaciones y en ello radica justamente la importancia de su estudio, pues evidenciar dichos condicionamientos sexuales puede ser el inicio de una eventual ruptura de los códigos sociales de género que hoy día se presentan en los juguetes infantiles como opuestos, confrontados y limitados a una identidad en particular.

De este modo, las enseñanzas, hábitos y consumos como los juguetes —al lado de cuentos, adivinanzas y canciones— han contribuido de forma contundente con las definiciones de dichas identidades construidas de forma binaria, en las que a la niña siempre correspondió la constitución de un ser afectivo, pendiente de “darse” a los *otros*: al hijo como una madre completa, al muñeco de juguete, como una cariñosa niña.⁴ La actividad y velocidad que desplegaron un triciclo, una bicicleta o una patineta, siempre han encajado en el estereotipo de varón, en vez de la atención cuidadosa hacia un muñeco bebé que condicionaba en parte la pasividad de las niñas, al igual que la fortalecían los juegos de té, hornitos de microondas u otros enseres domésticos a escala, para predisponer a estas futuras amitas de casa.

Se reitera que los juguetes que se facilitaban a los niños varones estuvieron primordialmente relacionados con acción y actividades bélicas —finalmente se disponía de gran variedad de espadas, rifles y revólveres, cuanto más en el escenario de las guerras reales— en tanto empleasen iconos fálicos, por lo que se les determina a ser agresivos y fuertes, en oposición a las niñas débiles, bonitas y delicadas. Se ha hablado de las oposiciones binarias de género, entonces podría quedar claro que la mujer ha de ser bella, es decir, asumirse tanto como el “sexo bello y débil” y lucir deliberadamente veleidosa, imprevisible y delicada; tan joven y sutil como una flor, en términos naturalistas.

Las masculinidades emergentes

Cabe señalar que en esta ponencia no se plantea una visión binaria del género, sino que se asume la existencia de diversas masculinidades y feminidades, surgidas de distintas conceptualizaciones temporales y culturales, así como de la pluralidad en la identidad sexual que fractura la vieja visión biologicista de dos sexos, no sólo distintos, sino opuestos.

Regresando al estereotipo del niño varón, se tiene que los atributos de vitalidad, fuerza, espíritu aventurero y los mencionados de intensa actividad y belicosidad estarían, por lo tanto, más cerca de la violencia de género que de la supuesta debilidad de las niñas. Aquí conviene detenerse en la ríspida discusión que plantea la visión de los estudios de género al abordar la masculinidad y sus atributos casi hiperactivos, así como relativamente violentos, como una construcción cultural permanente, o la mencionada postura biologicista-naturalista. El ineludible condicionamiento a sus sujeciones al tipo de espacio y a las costumbres limitativas, así como por lo largo de sus vestidos y lo ornamentado de su cabellera, entre cientos de restricciones o signos de sumisión de género adicionales. Éstos han constituido algunos de los centros o puntos corporales de atracción para un niño varón, el que es “naturalmente” inquieto, belicoso o simplemente, curioso, por lo que su actitud frecuentemente se ve incrementada por las pulsiones propias del desarrollo fisiológico en la pubertad y por la constante

⁴ Torres (2004), asegura que “La educación de la mujer (debía ser) a través de su parte afectiva. La mujer, no era considerada como un ser racional, sino como un ser afectivo. La educación sólo se valoraba en cuanto que sus efectos fueran para *el otro*”, sólo ángeles preocupados por los demás.

negación para contar con una educación sexual apropiada, en manos de grupos radicales de la ultraderecha contemporánea y antes, por las tradiciones puristas de diversas tendencias ideológicas. Todo esto en conjunto configura una masculinidad que en México promueve más una educación machista y discriminatoria.

Así, los niños desde muy pequeños, han sabido identificarse con aquellos congéneres que observan sus mismos hábitos, conductas y actitudes que le resulten “propias”, o mejor dicho, *construidas* a favor de su estereotipo, e igualmente varoniles, en tanto se excluyen de las *otras* por una operación que los distingue, opone y muchas veces, confronta la vigorosa masculinidad con la femineidad subvalorada como frágil. La aritmética de las identidades de género son simples: el niño debe sumarse a quienes presentan rasgos y comportamientos similares, para restarse, es decir, excluirse socialmente de los que son seres binariamente opuestos.

Considerando que la sexualidad es uno de los principales medios para probar la masculinidad; la sensualidad, la sensibilidad y la ternura terminan por ser consideradas como características “femeninas” y por tanto, deben ser evitadas por los machos, cuyos atributos en plena confrontación, se expresan principalmente en distintas manifestaciones como pueden ser, la violencia simbólica, física, psicológica, económica, entre otras formas y escenarios donde tiene lugar el ejercicio del poder y el dominio patriarcal.

En términos de la expresión de la sexualidad machista, incluso en el tema del uso de preservativos con fines de salud, se tienen diversas experiencias sumamente desagradables sobre la negativa de muchos varones para usarlos, el siguiente testimonio de una mujer devastada por el engaño de su esposo y su actitud frente a las prácticas de sexo seguro, es un ejemplo claro de estos tipos de violencia no física. “... jamás imaginé que me fuera a dar (el VIH), porque yo no andaba con otras personas” (Aguilar, 2012), pero cuando ella empezó a exigirle a su esposo el uso de condón, él siempre le respondía “ese sólo lo utilizan las putas” y si ella lo estaba pidiendo, pues él no tendría relaciones sexuales con ella por comportarse como prostituta. Es en este contexto en el que el marido, aun sabiendo que era seropositivo, le impuso a su esposa las relaciones sexuales sin protección alguna, sumada la innecesaria violencia verbal.

Ante la creciente presencia de la mujer en el espacio público —que anteriormente era de la exclusividad de los varones— y en el mercado laboral se provoca un inmediato cambio en el espacio privado. Las amas de casa son ahora estudiantes o trabajadoras. El nuevo rol de la mujer repercute en la estructura de la familia nuclear y por ende los valores culturales se van transformando. Este movimiento, al cabo del tiempo, se convierte en detonador de los cambios en la identidad masculina. Las tendencias en feminismos contemporáneos generan erosiones en las estructuras psicológicas que otorgan al hombre su estabilidad emocional, “de la estructura simbólica que permite la reproducción de la imagen masculina como una entidad determinante en la relaciones sociales, basadas en una hegemonía de poder”. (Montesinos, 2002, pp 104-107), poder que se ve afectado y se atenta con diversas incursiones al espacio público, anteriormente de la exclusividad masculina.

En años muy recientes, uno de los factores que influyen en la creciente crisis de la masculinidad, es el éxito de algunas mujeres en el trabajo y la profesión a la que se dedican y que pueden ser consideradas como invasivas al tradicional predominio masculino y gradualmente socaban el concepto ancestral de “ser hombre” y por tanto, proveedor de la familia, ya que “la autoestima de los varones se apoya primariamente en los logros y éxitos obtenidos en la vida laboral y económica” (Montesinos, 2002, p. 93). El cuestionamiento actual sobre la masculinidad presenta muchas aristas y entre otras, se refleja en la aguda observación que la experta en educación, María Calvo (2011, p. 299), hace al respecto cuando dice que “los varones sufren una fortísima crisis de identidad en una sociedad que les hace creer que lo masculino pertenece al pasado, que ahora es el tiempo de las mujeres (y sólo de las mujeres). Necesitan reencontrarse a sí mismos y saber qué significa realmente ser un hombre para ubicarse”. No se debe perder de vista que este señalamiento es un tanto reivindicador de posturas a favor de la masculinidad y

contrasta con posturas que culpan al hombre y sólo a él, de la violencia de género que se sufre en el país, cuando es sabido que el constructo que se ha desarrollado a través de los siglos dentro del imaginario colectivo de los y las mexicanas, se ha edificado con múltiples factores, agentes, omisiones que han determinado para la sociedad las formas y desequilibrios de su concepto de predominio masculino.

En cuanto a los estereotipos identificados dentro de los números discriminados, en su mayor parte pertenecen a masculinidades inclinadas a la tradicional. Asimismo, la masculinidad debe ser reafirmada y exaltada constantemente, aun desde las primeras fases de la infancia. Estos atributos, prejuicios y construcciones culturales contribuyen con la configuración del estereotipo de masculinidad en la que se desea reflejar el niño varón, misma que es:

Una masculinidad que necesita constantemente autoafirmarse y reforzar su sensación de superioridad ante la amenaza de ‘caer’ en prácticas entendidas como poco masculinas, es una virilidad que está constantemente bajo sospecha y que para mantenerla viva necesita de la violencia, de la fuerza y de la agresividad, para justificar y sustentar su dominación. La asociación entre masculinidad y violencia es especialmente significativa. De hecho, la violencia ha sido parte estructuradora de la masculinidad.⁵

La anteriormente referida exclusión hacia la identidad sexual opuesta, ha propiciado otro tipo de violencia que es la correspondiente a la estigmatización de los niños y jóvenes homosexuales o simplemente “amanerados”, que han sido lapidados —entre otras expresiones, mediante el bulling en escuela o en lugares de socialización de los niños— por manifestar, aunque sea en apariencia, una identidad sexual *feminizada* o simplemente distinta a la del varón; la que, conviene aclarar, no es un asunto de identidad que se pretenda analizar en esta ponencia, es decir, en la constante distinción que se le exige al varón para ejercer y expresar su masculinidad de modo contundente, obliga en consecuencia a que ante su mirada, la mujer y el homosexual deberán ser inferiores y débiles *per se*.

En diversos consumos culturales como canciones, los referidos juguetes e historietas, entre otros, se observa un incipiente *empoderamiento* de la mujer al tener acceso a una de las principales fuentes de poder, *el dinero*, mismo que era relacionado tradicionalmente al hombre en su papel de proveedor. De tal modo que los personajes femeninos en estas publicaciones se desempeñan como diseñadoras exitosas, ejecutivas, empresarias y demás puestos que eran exclusivos por el sector masculino. La ya innegable y progresiva participación femenina en el mercado de trabajo, como señala Simone de Beauvoir, le ha concedido la posibilidad de alcanzar su autonomía como individuo (en Montesinos, 2007, p. 35), así como el acceso a la propia erotización y búsqueda afectiva de pareja. De igual forma su incursión en la educación superior ha propiciado la superación de la *división sexual del trabajo*. Así es como se da paso entonces a una *crisis de la masculinidad*, que:

“[...] obedece a la erosión de un modelo de masculinidad que la *tradición* proyecta como dominante, y una masculinidad en ciernes, donde la tendencia en cuanto a rasgos de la identidad se diluyen [...]”(Montesinos, 2002).

A partir de estos cambios el mismo autor continua y amplía esta idea al afirmar que: “Se trata, entonces, de generar un cambio social que libere indistintamente a hombres y mujeres de la asignación de roles sociales que imponen el dominio de un género sobre el otro.” (2002, p.112) Es a partir de estos aspectos por los cuales se centra un cambio cultural en la interacción entre géneros. La presencia

⁵ José M. Cortés citado por Juan V. Aliaga, (2004, p.113), quien afirma que la expresión de la masculinidad es un fenómeno y “actuación” permanentes.

femenina en estos sectores sociales representa para muchos hombres *tradicionales* una amenaza del autocontrol. Y es el control lo que para estas masculinidades define su sexualidad. De tal suerte que “toda amenaza de estar fuera de control desafía la esencia misma de lo que es ser hombre” (Clare, 2002, en Montesinos, 2007, p. 36).

En términos de las nuevas expresiones masculinas, se entiende que dada la interacción constante de la tradición con la posmodernidad —al igual que la verdad absoluta, ya no existe una única masculinidad—, se presentan también rasgos en los varones que pertenecen a alguna de estas tendencias actuales. Así como la mujer se ha emancipado y reclamado su libertad y participación social, provocando nuevas maneras de expresión femenina, como consecuencia lógica, los varones se han visto obligados a replantear sus conductas ante la sociedad, por lo cual se pueden apreciar distintas maneras de “ser hombre” o bien como portadores de diferentes masculinidades.

Por su parte, la especialista en educación María Calvo, también refiere el momento actual como crisis de la masculinidad al afirmar que “los varones sufren una fortísima crisis de identidad en una sociedad que les hace creer que lo masculino pertenece al pasado, que ahora es el tiempo de las mujeres (y solo de las mujeres). Necesitan reencontrarse a sí mismos y saber qué significa realmente ser un hombre para ubicarse en el lugar que les corresponde” (Calvo, 2011, p. 229).

Aunado a esto, Montesinos coloca al movimiento feminista como uno de carácter contracultural, ya que abrió la posibilidad de conocer las primeras tipologías de la masculinidad, como aquellas que exaltan al machismo dada la importancia del abuso que el dominio masculino ejerció sobre la mujer. Este estereotipo del hombre macho, supone la aceptación del colectivo como referente para ejercer el papel coercitivo de la cultura. Toda expresión, tanto femenina como masculina, que se alejan de lo culturalmente establecido es reprimida mediante la estigmatización (2007). En este sentido, la tradición con la cooperación del feminismo hereda tres tipologías: El mandilón, El rey Benévolo y el macho.

Con respecto a las causas que origina la infidelidad, se ha encontrado que para los hombres las motivaciones principales son en primera instancia, las relaciones sexuales, las aventuras de un día o una noche y después proceden a involucrarse afectivamente. Mientras que las mujeres encuentran como primera motivación el vínculo afectivo, entonces, pasan al acto sexual, ya que encuentran que el sexo y las emociones se encuentran estrechamente ligadas. Es así que los hombres prefieren una aventura sexual pasajera, mientras que el engaño femenino suele exigir algo más que el acto sexual, de ahí que la infidelidad femenina ocurra con conocidos o amigos.

En este sentido, los hombres consideran a la infidelidad como una necesidad de autoafirmarse y el intercambio coital es meramente de carácter instrumental (Gutiérrez Lozano en Montesinos, 2007). Y en las mujeres está asociada con sentimientos de soledad y de insatisfacción marital (Master y Jonson; Williamson; Bell; Turner y Rosen, en Bonilla, 1993). Los distintos roles de género marcan la diferencia de origen de la infidelidad entre hombres y mujeres. Según Hunt (1974), la mujer es por “naturaleza” —o mejor dicho por su tipo de educación— más afectiva y busca ese afecto en los vínculos establecidos, mientras que el hombre como da y acepta menos compromiso, necesita cambiar frecuentemente de pareja; esto como determinismo darwiniano en cuanto a la selección natural y predominio del individuo más fuerte y dominante, que insemina masivamente a las hembras del “harén”.

Ante este entorno, —que generalmente provoca otra severa injusticia para la mujer— la infidelidad puede proporcionar al varón que la ejerce diversos momentos placenteros, entre ellos: La satisfacción emocional, personal y sexual, sensaciones frescas, vibrantes y experiencias de placer —incluida la secreción de adrenalina—, difíciles de sostener en una relación de larga duración y enmarcada dentro de un entorno de celos, reclamos y diversas expresiones de violencia intrafamiliar. Este es pues otro de los “atributos” masculinos en cuestionamiento y donde la masculinidad emergente parece ofrecer un trato más igualitario.

En los mismos términos, se debe evitar la tradicional configuración de oposiciones radicales dentro de la constitución de las identidades sexuales de los niños. Sus aspectos formativos e informativos también deben ser canalizados hacia la tolerancia y la equidad hacia *el o la otra*, como requerimiento inicial de pertenencia a una colectividad en equilibrio social. De lo anterior, es posible concluir que mientras no se promuevan cambios estructurales en la educación formal e informal, así como en los consumos culturales sexistas, persistirá la dominación masculina junto a su secuela inevitable: la violencia en contra de las mujeres.

Bibliografía

- Aguilar, L. B. (4 de octubre de 2012). "Mujeres renacidas, acerca de la vida con le VIH". *La Jornada*, págs. 6, sección Letras.
- Aliaga, J. (2004). *Arte y cuestiones de género, una travesía del siglo XX*. San Sebastián, España: Nerea.
- Bustos, O. (2001). Género y socialización: familia, escuela y medios de comunicación. En M. G. Mendoza, *Significados colectivos: procesos y reflexiones teóricas*. México: ITESM Y CIIACSO.
- Gutiérrez, R., Melgar, R., & Morayta, M. (2003). *Morelos, imágenes y miradas 1900-1999*. México: CONACULTA-INAH y Plaza y Valdés.
- Hunt, M. (1974). *Sexual behaviour in the 1970's*. Nueva York: Publishing Company.
- Lazarin, F. (2004). Los niños lectores de El mosaico en el último tercio del siglo XIX. En C. Castañeda, *Lecturas y lectores en la historia de México* (pág. 239). CIESAS, UAEM, El Colegio de Michoacán.
- Montesinos, R. (2002). La construcción de la identidad masculina en la juventud. En A. Chihu, *Sociología de la identidad*. México: UAM-I.
- Montesinos, R. (2002). Masculinidad y juventud. La identidad genérica y sus conflictos. En A. Nateras, *Jóvenes, culturas e identidades urbanas*. México: UAM-I.
- Salles, V. (1992). Las familias, las culturas, las identidades. En J. M. Valenzuela, *Decadencia y auge de las identidades*. Tijuana, Baja California: El Colegio de la Frontera Norte.
- Sánchez, A. (2005). La violencia. Cuernavaca, Morelos. *
- Torres, S. (2004). Lecturas y lectores en la historia de México. En C. Castañeda, L. Galván, & L. Martínez, *Lecturas y lectores en la historia de México*. Zamora, Michoacán: El Colegio de Michoacán.
- Zarza, M., Serrano, H., Serrano, C., & Iduarte, J. (2010). Códigos visuales y Hábitos de consumo que propician la inequidad de género. *Sextas Jornadas de Investigación en Antropología Social*, 1 (1).
- *Sánchez, A. (2005), Conferencia del Dr. Adolfo Sánchez Vázquez sobre violencia el 14 de marzo de 2005, en la UAEMor, Cuernavaca, Morelos